

MISION DE LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA

Discurso pronunciado por el señor Presidente de la República al inaugurar el Año Universitario de 1939.

Señor rector, señoras, señores:

Con emocionado orgullo cumplo el encargo de abrir este acto solemne, reanudando así una noble tradición acorde con la inconfundible manera de ser colombiana, que reclama una vinculación primordial y estrechísima entre los mandatarios y cuanto a la educación pública se refiera.

Nada puede ser tan honroso para el jefe del Estado como inaugurar, en medio de profesores y estudiantes, las tareas anuales de la Universidad. Nada tan grato como asociar al gobierno de la nación, con fervor entusiasta, a esta ceremonia consagrada a dignificar el estudio, a proclamar que la juventud y sus maestros se dan una vez más la mano y solidariamente continúan en el sacro empeño de velar por los fúeros de la inteligencia; de mantener viva la luz del espíritu, alimentada en fuentes de libertad; de prepararse en los talleres de la ciencia a servir a esta patria nuestra, que tiene su ambición puesta en ser tierra de hombres libres, fuerte por su fuerza espiritual, por sus centros de cultura, por la sinceridad de su fe democrática.

La primera preocupación de quienes realizaron nuestra independencia fue la de redimir los espíritus por las letras. En los primeros días de Colombia, cuando el legítimo envanecimiento de tantas victorias alcanzadas heróicamente en los campos de batalla hubiera podido eclipsar toda otra aspiración, se vió a los patriotas discurrir más sobre los fúeros de la inteligencia, que sobre la gloria de las armas. Yo creo que la república debe sentirse depositaria de este primer anhelo de quienes a un mismo tiempo con el culto de la libertad, quisieron inculcarle a los colombianos una voluntad de perfección espiritual.

Cuarenta días después de aquel en que la victoria de Boyacá puso sello indeleble a nuestra emancipación, cuando aún llenaban el aire los

ecos marciales de la épica jornada, dictó Bolívar en Bogotá, el 17 de septiembre de 1819, el decreto que echó las bases de una nueva cultura. Se estremece de emoción el hombre de nuestros tiempos cuando vuelve los ojos a aquellas épocas de titánico esfuerzo y ve al héroe máximo en el apogeo de sus proezas guerreras, marcando, el primero, la ruta del esfuerzo espiritual, y ve al general Santander fundando, en ese mismo año de 1819, un colegio para los hijos de quienes habían expiado en el patíbulo su amor por la libertad americana, dejando para suprema amargura suya a sus hijos sin esperanza y sin abrigo. Si el Pacificador Morillo creyó completo el escarmiento confiando al desamparo la suerte de una generación hija de varones enamorados de la libertad, la república agraciada y memoriosa vino a alumbrar el camino de esos huérfanos cuya niñez arrullaran la gloria y el sacrificio, con la protectora claridad de la educación y dijo así, en acto sugestivo, cual es la clave de sus propósitos.

No puedo ni podría ningún colombiano en un día como éste, olvidar el nombre cien veces ilustre de Francisco de Paula Santander. Sería preciso callar lo que es debido a la justicia, para no evocar a quien junto con el título de hombre de las leyes, debe recibir el de padre de nuestra cultura republicana. No se encuentra hoy centro vivo en todos los ámbitos de la república, que no guarde el recuerdo de aquel prodigioso fundador de escuelas. Ahí están, para recordarlo, los colegios de Boyacá y Antioquia, los de Santa Librada y el Socorro y San Simón. Ahí está esa universidad de Popayán que es como una lámpara encendida delante de su claro nombre. Ahí está esa fórmula sapiente del colegio de huérfanos que es todo un tratado de pedagogía y de sentido de la realidad ambiente, en que se consagra como para redactar sus constituciones ha de tenerse en cuenta, junto con las constituciones de los colegios modernos de Europa, lo que es nuestra propia tierra, para que lo forastero sólo se aplique en cuanto, son sus palabras, pueda adaptarse al clima, a las costumbres y al sistema de gobierno en Colombia.

Sus decretos de entonces, cuya introducción tiene cierto airoso rumor de clarines victoriosos, sugieren en este caso el gesto de un general invicto que coloca todos sus laureles en el altar de la ciencia. "Francisco de Paula Santander, rezaban aquellos textos inolvidables, de los Libertadores de Venezuela y Cundinamarca, condecorado con la Cruz de Boyacá, general de división de los ejércitos de Colombia, vicepresidente de la república.... Decreta: Se establece una Universidad en el departamento del Cauca, y se señala a la ciudad de Popayán, como más proporcionada por sus circunstancias para el lugar en que debe establecerse".

En los actos de Santander ha de inspirarse también el legislador de nuestro tiempo, para ver cómo en ellos se consagra un principio esencial de la república que no quiere que la ciencia se encastille en una ciudad sino que se extienda a todo el territorio y lo fecunde. Sería cerrar los oídos a voces justísimas, henchidas de fe y entusiasmo, el desatender a las grandes universidades seccionales en que vastas regiones han puesto lo

mejor de sus esperanzas. Fue Santander quien desde el pórtico mismo de la república juzgó que este había de ser el camino trazado al porvenir de la universidad en Colombia.

Y así fué como, acompañándose con los primeros pasos de su vida, esta república ordenada por el buen sentido de Santander, vigorizada en cada una de sus ciudades, delineaba para el futuro el puesto que debemos consolidar e incrementar sin tregua. De esos días en que Santander mismo creó las escuelas normales de Bogotá, Caracas y Quito para que los maestros fueran a ellas a renovarse en los nuevos métodos pedagógicos; de los tiempos en que se fundó la primera escuela de minas y vinieron a ella Roulin, Rivero, Boussilgault y Gaudel para echar las bases de la actividad industrial, debe arrancar el calendario cultural de la república. En la misma forma en que la colonia empezó su débil acción docente, y España su fecunda obra de transfusión de la cultura de occidente en nuestra América, con esos seminarios y universidades, con la javeriana y en la Tomística, con San Bartolomé, el Rosario y los conventos que oyeron resonar por primera vez el canto de las palabras castellanas en una aula santafereña.

El acto que hoy venimos a solemnizar con el fervor común que debemos poner a estas obras, recuerda ciertos días de renacimiento y esplendor, que voluntariamente estaréis evocando todos ahora mismo. Eran los días que ilustraron con su palabra magistral Camacho Roldán, Ancízar, los Pérez y Zapatas, y hasta esa figura nobilísima que no hace muchos meses se fué suavemente de este mundo en una muerte tranquila y silenciosa: don José Ignacio Escobar. En aquella segunda mitad del siglo pasado se renovó el diálogo entre los maestros y estudiantes de Colombia y los del viejo mundo, exactamente con la misma frescura que ocurrió en los tiempos de Humboldt y de Mutis, cuando cartas de Lineo llegaban hasta Santa Fe de Bogotá. En la época de la Universidad de Ancízar, los problemas que Spencer formulaba entonces en Europa se planteaban simultáneamente aquí ante concursos enormes que llenaban los salones de la calle de las aulas. Se estableció ese contacto fecundo entre los altos estudios y la muchedumbre ciudadana y la voz de los maestros llegó a todos los oídos, como vuelve ahora a llegar en el diálogo sublime de la experiencia y el saber con el ansia de conocimientos y con la apasionada sed de investigación.

Renace ahora nuestra Universidad, ocupa de nuevo el puesto de honor y de responsabilidad suprema que en las actividades nacionales le corresponde, y todos nuestros ojos se fijan en ella. Mi ilustre predecesor le dio impulso magnífico y la presente administración tiene como el mejor de sus propósitos, el de lograr que las Universidades colombianas, convertidas en motivos de orgullo para todos, sean prestigiosos centros de estudio y de sabiduría, de investigación y de preparación, grandes focos de cultura que a la vez garanticen a nuestros estudiantes la más completa y eficiente preparación profesional, y ofrezcan estímulo decisivo

para la cultura desinteresada, para obras científicas y literarias que den a nuestras universidades su verdadera significación espiritual. Yo espero que cada año, en estas ceremonias cuya importancia ha de ser cada día mayor, podamos ir registrando nuevos avances, progresos más efectivos, más brillantes conquistas en este campo como ninguno otro propicio a las actividades colombianas.

Al declarar abierto el año universitario de 1939 no puedo menos de advertir cómo el estudiante, la más seductora figura romántica de la historia, tiene ante sí en nuestro tiempo problemas gravísimos que preocupan como nunca a quienes contemplan los panoramas del mundo. Pocas veces responsabilidad semejante pesó sobre los hombros de una generación nueva, y es ella especialmente grave para quienes vinculan el desarrollo de sus vidas y el porvenir de su nacionalidad a los ideales y procederes de la democracia y no lo fían todo a la obediencia silenciosa y a la propaganda unilateral que excluyen el análisis y proscriben la investigación. La democracia no puede ser, no es el régimen de la facilidad. Cuando ella brinda oportunidades y abre todos los caminos para llegar a las alturas, hace una invitación a la energía, hace un llamamiento al esfuerzo, pero no otorga un privilegio. Dice a cada estudiante que le ofrece los medios para construir su propia vida, pero que el resultado al fin y al cabo depende tan sólo de la manera como él aproveche esos medios, de su consagración al estudio, de su empeño por asegurar la victoria. Le dice también que hay modestas y decisivas virtudes sin las cuales ningún éxito duradero es posible: la disciplina, el orden, la abnegación. Las posiciones que brinda la Universidad no se conquistan por asalto, en impulsos anárquicos, sino que requieren el paciente heroísmo, las largas horas silenciosas pasadas en el laboratorio o en la biblioteca, la callada meditación en que se fortalece la mente. Y como base de todo, la fuerza moral que ilumine los actos y guíe los pasos.

Para la juventud colombiana están abiertos los caminos, mas no podrán ellos recorrerse con fortuna sino al impulso de una preparación sólida y eficiente. La técnica ha complicado prodigiosamente todos los ramos de la actividad y deja ya muy poco campo para la improvisación y ninguna posibilidades para el esfuerzo desordenado e ignorante. El estudio tenía desde siempre atractivo insuperable en el placer magnífico de comprender, en las ventanas que abre sobre todos los aspectos de la vida, pero ahora, además, sólo él proporciona los medios insustituibles para luchar y para prosperar. El saber auténtico la preparación científica adecuada, la cultura creciente son hasta condición de vida de este régimen republicano que tan intensamente amamos.

Cuando medito sobre el destino de las democracias, en esta hora tremenda de la historia en que los más altos valores del espíritu son revisados a nombre de la violencia imperiosa, pienso con honda inquietud en lo que sería del gobierno de colectividades que se negasen a cultivar su

inteligencia en las disciplinas hondas y graves del estudio. El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, —caro ideal nuestro—, hecho por un pueblo ignorante no podría, en esta éra de la técnica implacable, ser fórmula de bienestar civilizado sino regreso a oscuras épocas primitivas en que el instinto elemental esclavizaba a la inteligencia balbuciente. Sólo en el yunque de la educación pueden forjarse los hombres capaces de interpretar y guiar a los pueblos; sólo la universidad, amplia y completa, puede formar los equipos capaces de asegurar nuestros futuros destinos, de cerrar las puertas a la barbarie, de extirpar la violencia, fruto el más torpe y odioso de la incultura, de afianzar sobre bases incombustibles esa paz que, según lo dijera ayer en frase feliz el ilustre rector del Rosario, no puede ni debe ser otra cosa que “la tranquilidad en el orden”. Y quien dice orden, dice a la vez justicia y libertad, ya que la tiranía es, en el terreno moral, el más insoportable de los desórdenes.

Recordando mis horas universitarias, horas encantadoras de estudiosa esperanza, horas augurales en que el mañana se presenta lleno de promesas, quiero invitar a los jóvenes que van a principiar su año escolar a que lo hagan bajo el signo de una resolución enérgica. Que cultiven y acendren la disciplina fuerza interior, único factor positivo de ascenso y de triunfo; que vean en el estudio la más rica fuente de goces espirituales y en la ciencia el arma mejor forjada para abrirse paso en la vida; que amen la universidad y cuanto ella significa, y fortalezcan sus mentes para la lucha del porvenir, sin espíritu egoísta, con la ambición de hacerse dignos de las ilusiones que hoy despiertan, y de la patria que les abre sus brazos.

Como amigo de los estudiantes yo quiero significarles que la democracia es un movimiento de ascensión para el individuo, y no una tendencia a rebajarse. El estudiante debe huír de la vulgaridad porque sobre él descansa su propia dignidad y la dignidad misma de la universidad.

Que empiece este año escolar con el solidario esfuerzo de profesores y estudiantes. Que los maestros estén a la altura de su misión sagrada y de ese título que tantas cosas nobles y grandes evoca, y que los estudiantes pongan al lado de la alegría de sus años la seriedad vigorosa de sus empeños, sin olvidar nunca que el tiempo es para ellos un tesoro imposible de reponer si lo pierden, imposible de superar en fecundidad si lo aprovechan.

El país los sigue en sus tareas con emocionada ternura y con vasta confianza y yo, como jefe del Estado, más que con confianza, con seguridad en el espléndido futuro de Colombia, porque en ese futuro, para gloria y provecho de todos, se dibuja la acción noble y renovadora de estas generaciones que van a recibir con su iniciación en las ciencias, el mensaje de una patria joven y fuerte, ambiciosa y ardiente, resuelta a levantar su pujanza sobre libres cimientos espirituales y que se refleja sin temor en el ancho espejo de sus juventudes.